

La Condena

Daniel Reynoso Gállego

La Condena

1^a Edición



COPYRIGHT © 2014 BY DANIEL REYNOSO GÁLLEG

Reservados todos los derechos. «*No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright.*»

Hecho en México.

Al amor de mi vida

ÍNDICE

LA CONTIENDA	11
LA ANGUSTIA	15
LA URGENCIA	19
LA NOTICIA	23
LA SINFONÍA	27
LA ESTATUILLA	31
LA SILUETA	35
EL EMBRUJO	39
LA VEREDA	43
LA CONDENA	47

LA CONTIENDA

Habíamos tenido apenas otra extenuante discusión. A la fecha no puedo evocar con precisión el motivo de aquella nuestra última contienda, mas ciertamente, en ese momento, no me pareció ser algo de notable seriedad. Era increíble lo frecuentes que se habían vuelto nuestras bravías peleas en esos últimos meses. Para entonces era difícil sospechar, si simplemente nos hubiesen advertido por la calle sin conocer nuestra historia, que alguna vez fuimos la pareja más feliz que habría existido jamás.

Sin embargo, allí estaba ella una vez más, inconsolable, reteniendo con sus últimas fuerzas las agitadas aguas que luchaban por desbordarse de sus bellos ojos pardos. A pesar de su intensa lucha, de sus extraordinarias agallas, al final había alcanzado irremediablemente ese temible punto en el que uno sencillamente decide abandonar el combate, dar la espalda y alejarse para nunca volver.

Así que sin reparo, sin meditación, tomó sus cosas y, con el maquillaje todo estropeado, me masculló entre suspiros y lamentos que ya no podía tolerar más ese dolor, ese insufrible tormento. Yo estaba molesto, turbado; recuerdo que no pronuncié palabra alguna. Sólo me quedé allí mirándola con ficticia indiferencia, desde un rincón de la habitación, con los brazos anudados como si sujetara con firmeza mi atroz soberbia contra mi pecho. Dejé que se marchara.

No volví a verla sino hasta después del embrujo.

Indudablemente había sido mi culpa; ahora lo sé. Siempre me he creído un buen hombre, pero lamentablemente, en aquel entonces, solía dejarme llevar por la imprudencia hasta terminar incluso muchas veces ahogado en un insondable foso lleno de mi propio egoísmo, de mi irracionalidad. Supongo que ella no lo había notado, al menos allá en los viejos tiempos cuando todavía era capaz de sentir en sus adentros aquello que a ustedes los prosaicos les fascina llamar amor; o tal vez creía que sería algo con lo que podría vivir.

Ella ha sido la mujer más noble que jamás haya conocido, lo juro. Desde el primer día a mi lado me entregó pleno su cariño, su devoción. Siempre antepuso mi felicidad a la suya, esperando con conmovedor anhelo que llegara el día en que alcanzáramos la consonancia.

Yo, en cambio, a pesar de mis igualmente prístinos y nobles sentimientos (porque la amaba y la amo como a nadie en este mundo) tenía en aquellos tiempos esa lóbrega faceta, como si una densa nube renegrida me hiciera eterna sombra. Mi perspicacia era filosa como el alfanje y mi sangre viscosa como la brea. Pero la verdad es que yo la adoraba con todo mi ser, muy a mi manera, aunque por desgracia no podía evitar fracturarle poco a poco el corazón, astilla por astilla, aun sin darme cuenta, cada vez que me dejaba ceñir por aquellos mis fieros demonios.

Al final ella, simplemente, ya no pudo más.

LA ANGUSTIA

Apens se habían escurrido del anticuado reloj de pared un par de minutos cuando comencé a extrañarla. Me recuerdo incómodo, sentado allí sobre el maltrecho colchón, guarecido en la negrura tras las persianas polvorrientas, atento solamente a mi endeble jadeo, siendo la única distracción aquel perseverante chasquido de las fugaces manecillas corriendo sin piedad, arrebátandome mis instantes uno a uno.

En mi cabeza sólo resonaban esos últimos pasos, aquellos susurros de rendición y partida. Por un tiempo inmensurable sólo me restó yacer justo allí, contemplando la incertidumbre, abrazándola. Lamentablemente, aquello que engañosamente llamaba orgullo me impediría hacer algo más.

Pasaron varios días y ninguno de los dos hizo esfuerzo alguno por ponerse en contacto. Ella se había desvanecido por completo y yo, mientras tanto, sólo me repetía a mí mismo que el asunto no tenía tanta importancia; pensaba ilusamente que no era más que cuestión de tiempo para que ella volviera por esa puerta. Estaba lejos de comprenderlo. Cientos de incoherentes pensamientos surcaban mi embrollado juicio, mientras una clamorosa y sedante voz murmuraba obstinadamente desde mi interior que había sido ella la causante del conflicto. Recuerdo que de momentos padecía en cada una de mis venas la airada tentación de tomar el teléfono y discar su número, pero nunca pudo conquistarme dicho impulso: mi aciaga arrogancia me había convencido de que ella debía ser quien llamase.

Una semana más tarde, o tal vez dos, en una fatigante noche cualquiera, decidí aplacar mi miseria y salir a las calles para circundarme del fresco viento del sur. Llevaba un refinado gabán negruzco y unos fulgurantes zapatos que reflectaban los flemáticos destellos de las luces nocturnas. Caminé sin rumbo cierto, con lentitud y prudencia, extenuado, rendido, luchando contra aquel montaraz invierno que emblanquecía mi aliento y ralentizaba mis pasos.

Recuerdo que, sin planearlo, terminé de pie en medio de aquel precioso parque donde ella y yo cruzamos nuestras

miradas por vez primera; confieso que sentí un amargo desconsuelo cuando me di cuenta que los despiadados años le habían arrebatado al sitio todo su esplendor.

Aún puedo cerrar los ojos y evocar con prístina claridad esa calmosa sensación de la espigada y suave hierba acariciando mis lentes pisadas.

Cuando advertí realmente dónde estaba parado, una insólita y penetrante impresión de desdicha envenenó mis entrañas. Fue como si mi sangre dejara de discurrir por mi cuerpo y mis fuerzas se evaporaran lentamente a través de mi agotada piel. Me desplomé sobre mis rodillas entre los prominentes cipreses y en seguida la agonía menguó mi ya desierta mirada. Había alcanzado finalmente ese punto en el que ya no se puede aparentar más fortaleza; ya no podía soportar más esa terrible angustia.

Nunca supe cuánto tiempo estuve allí, así.

Al final, después de drenar con flagrante atrocidad hasta la última de mis lágrimas y de contender una formidable pugna por ponerme de nuevo en pie, sacudí la helada tierra de mi deslucida indumentaria y tomé el camino de vuelta a casa. Al llegar, al fin, atravesé exhausto la puerta del apartamento para entonces solamente dejarme caer sin piedad sobre la sucia alfombra y, con las escasas fuerzas que aún me restaban, alcanzar el teléfono sobre el velador y por fin llamar

a aquel condenado número que ya evocaba más que de memoria.

Desafortunadamente no hubo respuesta. Insistí varias veces, sin cesar, mas fue completamente en vano.

Al final, con mi pecho colmado de frustración y mi rostro empapado en añoranza, solté la bocina con excesiva torpeza, escalé con dificultad la altísima cama y allí me dejé vencer.

LA URGENCIA

Desperté tarde, con el ferviente sol en pleno rostro. Una abrasadora y nefasta sensación me aporreó desde el instante en que recobré el sentido. Todavía puedo sentir aquella hórrida impresión, aquel incesante y bravo latido en mi cabeza, igual al de una bomba a punto de estallar.

Me incorporé con dificultad; mis manos no paraban de temblar. Caminé con extrema dilación hasta el espejo del baño y frente a éste lavé mi rostro con suma mediocridad. No lo había notado, pero por primera vez en mucho tiempo me encontraba relativamente sereno. Había olvidado por completo las circunstancias en las que me había ido a dormir, empero todo cambió en cuanto volví la mirada y descubrí el auricular del teléfono colgando del buró cual víctima de una monstruosa ejecución. En un santiamén toda esa calma que me envolvía se esfumó. Por supuesto, en ese instante le marqué.

Después de un par de intentos, respondieron. Sin embargo, la voz del otro lado de la bocina no era de ella, sino de su hermana. Intentó explicarme la situación con extrema cautela pero en cuanto escuché el nombre del hospital, colgué de inmediato.

La exigua quietud que apenas me acariciaba las sienes se había terminado de escurrir por mis tensas espaldas. Por varios segundos simplemente no supe qué hacer; me quedé allí sin aliento, con la mirada extraviada en el recóndito horizonte más allá de los asfixiantes muros. Al final, tras abandonar el trance, sólo cogí mis llaves y me precipité con celeridad hacia la puerta.

Todavía pienso que es probable que haya batido alguna especie de marca, atravesando el condado en tan poco tiempo. Durante el trayecto tuve un breve momento para reflexionar, efímero, fugaz, pero sin duda lo primero que padeció bajo mi agostada piel fue una tremebunda sensación de sofocante vergüenza. Por fortuna ello no me impidió conservar la lucidez y seguir mi camino. No tenía absoluta idea de lo qué había sucedido; lo único que sabía era que, sin importar cuán indignado me sintiera todavía, en ese momento mi lugar era al lado del amor de mi vida.

Al llegar a mi destino entré corriendo a la recepción, con mi cabello hecho un lío y portando todavía aquella ropa astrosa que a leguas se notaba vestía desde el día anterior. Pregunté

entre perturbadores resoplidos por el paradero de mi amada para después esfumarme en el vasto y atildado corredor que me encaminaría hacia el viejo ascensor.

Mi corazón estaba a punto de quebrarme el tórax; mis piernas objetaban el abuso y mi cefalea ensanchaba su señorío, mas nada de eso habría de detenerme. Al final logré comparecer ante la puerta 502, tras la cual sabía se hallaba la razón de mi urgencia. Sin embargo, justo cuando estuve por sujetar el reluciente picaporte, una mano firme y recia me lo impidió; era el padre de ella.

No había tiempo para cordialidades. Tenía tantas preguntas por hacerle pero me sentía incapaz de pronunciar con claridad siquiera alguna. Sólo quería verla. Mi desesperación en ese momento era tal que no me di cuenta de lo que estaba tratando de decirme.

Entonces, con formidable frialdad y prudencia en su contundente mirada, me interrumpió abruptamente y me pidió sin reparo que simplemente me marchara.

Una abrumadora y sofocante confusión me abatió por completo.

LA NOTICIA

En cuanto escuché sus lacerantes palabras, todo comenzó a dar vueltas y vueltas en mi aturdida cabeza. No lograba concebir del todo lo que estaba escuchando, así que decidí ignorarlo por completo; no tenía sentido en lo absoluto. Intenté nuevamente atravesar aquella condenada puerta cetrina, mas ahora consumido por una asoladora histeria que se esparcía por cada centímetro de mi cuerpo, pero entonces una vez más él se interpuso en mi camino. De un momento a otro comenzaron la turbación y los forcejeos, hasta que apareció de la nada la hermana de mi amada, quien había presenciado todo desde un oscuro rincón al otro lado del solemne corredor. Recuerdo que se aproximó suavemente hacia mí, sofocando el suntuoso silencio con la viva reverberación de sus altos tacones. Me cogió del brazo con formidable sosiego y de inmediato me sacó de aquel embarazoso lío. Tomamos asiento a un par de metros y allí,

junto a la máquina expendedora, con una voz inquietantemente dulce, paliativa, me terminó de explicar: su hermana ya no quería verme... nunca más.

Tan solo recordarlo me cala los huesos.

Jamás había escuchado un discurso más devastador, más amargo; no puedo olvidar la tremenda sensación que experimenté, como si me desgarraran desde el interior con inicua voracidad. Permanecí allí sentado asimilando la funesta noticia por una diminuta eternidad, exhibiendo un desconcertante e inmenso vacío en el fondo de mis pupilas; fue como hospedar un eclipse mortuorio, justo en mi mirada.

Mi primera reacción fue pretender fortaleza, como lo había hecho toda mi vida, pero en ese momento no pude siquiera intentarlo. Me sentí de pronto tan vulnerable, tan frágil, como si ambicionara suspender el inminente derrumbe de un peñasco colosal con tan solo mis desnudas y endebles manos; mis ojos se anegaron de inmediato.

Finalmente caí en cuenta de que realmente lo había estropeado todo y que ya no habría marcha atrás.

Después de yacer inmóvil por no sé cuánto tiempo, drenando hasta la última gota de mi desbordante aflicción, por fin me puse en pie, sequé mi calado rostro con la manga de mi estriada camisa y, antes de dar la vuelta y abandonar el

recinto para jamás volver, les supliqué con desgarradora desdicha en mis palabras un único favor: que le hicieran saber a ella, cuando lo consideraran apropiado, que yo había ido a verla.

Por supuesto, nunca lo hicieron.

LA SINFONÍA

A la fecha no logro remembrar lo que hice al salir del hospital en aquel taciturno día de enero, pero lo más seguro es que me detuve en alguna sombría cantina para sofocar con licor barato mi insufrible desesperación.

Sin duda los primeros días fueron los peores. Absolutamente todo a mi alrededor me recordaba a ella. Cada vez que salía al bulevar y veía en lontananza a una mujer de castaña cabellera, sentía por un instante cómo mi garganta se cerraba y mis entrañas se anudaban con vehemencia. Mis sentidos me tendían sagaces asechanzas ante la menor provocación, y en cada ocasión me resultaba más arduo entrever la realidad. Fue entonces cuando tomé la difícil decisión de confinarme en el apartamento.

Lamentablemente la paz me duró muy poco, ya que su imagen empezó a importunarme en mis absurdos sueños. Su

silueta se dibujaba tenue en la penumbra cada vez que mis ojos se guarecían, mientras sus tiernos e invisibles labios susurraban incesantes aquellas nefastas palabras que nunca llegué a escuchar de su propia voz. Durante semanas desperté con los albores sostenido por una lastimosa almohada empapada en tórrida aflicción.

Con seguridad puedo afirmar que aquella fue mi etapa más siniestra.

Recuerdo que al principio solía albergar esa ingenua esperanza de que el tiempo sanaría mi maltrecho corazón, pero el agudo y rebosante dolor que me asfixiaba a cada respirar lapidó vertiginosamente aquella lastimera ilusión en cuestión de días.

No sé por cuánto tiempo estuve así. Cada hora me parecía más larga que la anterior; era una tortuosa eternidad. Lo había perdido todo, mis metas, mis sueños; sin darme cuenta había dejado de vivir.

Sin embargo, una grisácea mañana, después de otra larguísima noche de horror e insomnio, decidí colocarme frente al espejo por primera vez en meses. No puedo olvidar la trémula aflicción que me cubrió por completo cuando contemplé aquel repulsivo reflejo y descubrí que ya no quedaba el más mínimo vestigio de lo que alguna vez fui; me

hallé cruzando la mirada con un completo extraño. Fue entonces que tomé la decisión.

Después de no haber visto la luz del sol por muchísimo tiempo, salí a las calles. Atravesé el condado andando, con sosegadas y vacilantes pisadas. Era imposible no sentir sobre mis hombros todas esas estridentes miradas de estupor; supongo que nunca antes habían avistado a un hombre muerto caminando.

En fin, por más que me esfuerzo no logro todavía evocar a dónde fui o cuánto me demoré; sólo recuerdo haber vuelto a casa al anochecer, sujetando un liviano y misterioso bullo bajo el brazo. Abrí la puerta con cuantiosa dificultad y caminé con sosiego hasta la habitación. Dejé caer aquel enigmático paquete, tomé asiento al pie de la cama y allí me quedé, meditando, completamente inmóvil, con la mirada extraviada en la infinita negrura, hasta que las primeras luces me devolvieron el sentido.

Fue entonces que me levanté, cerré con deplorable suavidad las ajadas persianas y puse en el gramófono mi disco favorito; nunca había estado tan sereno, tan plácido.

Me quité los zapatos y desabotoné mi camisa. Volví por el saco que había traído conmigo y extraje de su interior una larga soga de cáñamo. Até con firmeza un nudo de verdugo, perfecto, impecable, y lo dispuse alrededor del cuello mío.

Fumé un último cigarrillo y escribí una sencilla nota de despedida mientras esperaba ansioso el clímax de aquella soberbia sinfonía; entonces subí a la silla.

Estuve tan cerca de ultimar por fin la inclemente tortura, cuando de pronto escuché que llamaron a la puerta.

LA ESTATUILLA

Al principio me resultó imposible evitar sospechar que mi trastocada mente estaba jugándome una vez más otra de sus infames y despiadadas jugarretas, pero de pronto, cuando la hermosa música se detuvo y pude escuchar con fina claridad aquellos apocados porrazos detrás de la madera del pórtico, supe de inmediato que no estaba alucinando; no esa vez. Me quedé inmóvil por un momento, contuve la respiración y esperé atento, hasta que los insistentes sonidos simplemente cesaron. Pensé entonces en volver a mi asunto, pero la curiosidad comenzó a lijar mis más hondos tejidos. Al final decidí dejar la soga y abandonar las alturas. Caminé sigilosamente hasta la entrada y abrí mi puerta con aguda vertiginosidad.

No había nadie allí.

Salí al pasillo y me asomé por las escaleras, mas fue totalmente en vano. Me quedé ahí en el barandal por un par de minutos, contemplando la funesta calma desde lo alto. Cuando decidí volver al apartamento, justo antes de atravesar el portal noté a mis pies un misterioso paquete. Dudé por un segundo, pero terminé llevándolo adentro.

En un principio, no tuve intención alguna de develar su contenido, así que sólo lo dejé con desidia sobre la acartonada almohada, fumé otro cigarrillo y volví a la cuerda. Cerré los ojos antes de saltar, cuando una tétrica sensación comenzó de pronto a cercenarme por la mitad. Sigo siendo incapaz de describir exactamente lo que experimenté en aquella ocasión; fue como si hubiera alguien en la habitación conmigo, acechándome, llamándome. Al final no pude proseguir; no lograba ensimismarme lo suficiente como para arrancarme la fútil vida. Desvelé entonces mis exhaustas pupilas, volví a tocar suelo y me dirigí hacia la cama; pensé que tal vez no debía marcharme de este mundo sin antes aniquilar mi creciente incertidumbre. Así que examiné al intruso, y desaté con plácida impaciencia el enrevesado atadizo que circundaba el astroso harapo pardo que resguardaba al enigma.

En cuanto lo miré, me invadió por completo una visceral impresión de perplejidad reveladora. Era una especie de exótico ídolo tallado en madera, una clase de estatuilla

desfigurada con una penetrante y escalofriante mirada. Jamás había visto algo similar.

La sostuve entre mis manos por varios minutos, o tal vez horas, atisbando fijamente aquellas insondables cavidades que figuraban sus ojos.

Cuando por fin pude romper las ataduras del aprehensivo trance, supe que era demasiado pronto para darme por vencido. Tomé mi abrigo, resguardé la lúgubre reliquia en el bolsillo izquierdo y salí una vez más a las enajenadas calles. Mi febril travesía culminó en el archivo del condado, donde pasé largas horas sumergiendo mi entumecida nariz en infinidad de trasnochados y arrinconados libros.

Necesitaba respuestas. Lamentablemente, antes de que pudiera hallar siquiera alguna, cayó la taciturna noche y con ella la hora del cierre. Cuando caí en cuenta, ya era yo el único que quedaba todavía en el suntuoso recinto.

Salí entonces al cobijo del firmamento y comencé mi desencantado retorno a casa. El bulevar estaba completamente solitario, salvo por la implacable luna ambarina y las alborozadas luciérnagas que me hacían remota compañía.

De pronto, a la mitad del trayecto, algo sedujo mi exigua atención: un desfallecido resplandor danzante al final de un callejón estrecho que nunca antes había notado. En realidad

no tenía intención alguna de desviar mi camino, pero en cuanto di el siguiente paso una cautivadora y paralizante coronada me embistió sin misericordia; fue como si algo recóndito y subrepticio me demandara que diese implacable caza a aquella alucinante y solitaria luz...

Así lo hice.

LA SILUETA

No tenía miedo, a pesar de que la negrura se tornaba cada vez más pesada y penetrante. El callejón parecía eterno, como si se volviese más y más estrecho con cada paso de mi andar. Mi cuerpo se movía casi por sí mismo, seducido por aquella jadeante luz dorada que lo llamaba a la distancia con sus hipnóticos y gráciles movimientos.

Pasaron varios minutos antes de que pudiera vislumbrar el final del infinito túnel. Las nohilucas se habían marchado ya y el resplandor lunar se guarecía tímido tras las espesas nubes de la frescura nocturna. Poco a poco mi objetivo comenzó a cobrar nitidez; al acercarme lo suficiente descubrí que el cautivador resplandor provenía de un vetusto quinqué suspendido al portón de una pequeña vivienda color castaño.

Me acerqué con prudencia a la ventana, tratando de mirar hacia el interior, pero me resultó imposible notar algo al otro lado del vejado cristal. La puerta era de pino, no tengo duda

de ello. Parecía como si aquella humilde morada tuviera cientos de años de antigüedad.

Me quedé de pie frente a la maltrecha fachada por varios segundos, cautivado por los sombríos y embarullados garabatos que revestían la estropeada pared de pardo ladrillo, cuando de pronto reconocí entre los incoherentes trazos esos abismales ojos brunos. De inmediato aquel afilado escalofrío me importunó una vez más.

Extraje entonces de mi bolsillo el endemoniado ídolo de madera; era la misma tórrida mirada.

Repentinamente, para mi sorpresa, la puerta frente a mí comenzó a abrirse paulatinamente, apuñalando a muerte al sepulcral silencio nocturno con un estrepitoso y chillante crujido.

Entré.

Poco recuerdo del interior. Cientos de misteriosos artefactos recubrían las paredes y techo del lúgubre recinto: desfigurados fetiches, turbios retratos, desecados ramos de exótica flora y más de aquellos inquietantes dibujos que guarneían el muro exterior. El único mueble de la habitación, una pequeña mesa polvorienta, acogía a un par de candelas moribundas, así como infinidad de perturbadores utensilios y trastos que no logré identificar. Lo

único que jamás olvidaré de aquel enigmático escenario es su olor, un tremebundo hedor a fiambre.

A pesar de que mi instinto me había llevado hasta allí, en lo más hondo sabía que debía largarme cuanto antes. De inmediato comencé a sentir la pesadez de una penetrante mirada, y fue entonces que lo noté: había alguien más allí.

Mi corazón comenzó a rugir como una rabiosa máquina de vapor. Corré hacia la puerta, pero ésta se cerró con implacable furia justo antes de que pudiese escapar. Traté de abrirla con todas mis fuerzas, mas fue totalmente inútil; estaba atascada. De pronto, desde un rincón de la infinita penumbra comenzó a emerger una lóbrega silueta taciturna. Mi desesperación cobró en seguida dimensiones descomunales, mientras la tétrica figura se acercaba hacia mí con perturbadora dilación. Al final, aunque mancille mi orgullo al admitirlo, el mortífero pánico que aguijoneaba mis entrañas terminó por derribarme; desfallecí.

No tengo idea de cuánto tiempo estuve inconsciente; sólo recuerdo la perpetua y apacible negrura de mis sellados párpados.

Fue de nuevo ese insopportable y fétido aroma el que me devolvió la conciencia. Me desperté exaltado, cobijado por una atroz ansiedad que se había convertido en fiebre. De inmediato traté de incorporarme, empero unos esbeltos

brazos me sujetaron de los hombros y frustraron mi mediocre intento. La honda lobreguez me impedía contemplar su rostro, mas por alguna misteriosa razón fui capaz de distinguir sus brillantes ojos. Me lanzó una estridente mirada y en seguida se apaciguó la abrasadora lumbre que hervía mi sangre; fue como contemplar por un instante la suntuosidad del vasto manto estelar justo en el centro de aquellas fulgentes pupilas.

Le supliqué entre endebles y lastimeros balbuceos que me dejara ir, pero no hizo más que mofarse de mi deplorable ingenuidad.

De pronto, con una voz áspera y sosegada, me dijo que tenía planes para mí, y pronunció mi nombre.

EL EMBRUJO

Nunca logré descifrar cómo es que aquella enigmática criatura conocía tanto sobre mí. No sólo sabía quién era yo, sino que además estaba enteramente al tanto del atroz y desgarrador infierno por el que estaba atravesando.

Si algo me cascaba el alma en ese momento más que la sobrecedora incertidumbre, era un inclemente y tremebundo agotamiento; me sentía completamente desvalido, inerme. Al final no pude resistirlo y volví a dormir.

Cuando desperté de nuevo, pude ver las cosas con verdadera perspicuidad. Jamás logré recordar su nombre, a pesar de haberlo escuchado de su boca en más de una ocasión. Lo único que recuerdo eran sus prominentes y cristalinos ojos renegridos como la obsidiana.

Dijo haberme estado avizorando desde hacía algún tiempo; alardeó incluso sobre su sombría capacidad de divisar, aun en lontananza, la cáustica y desgarradora aflicción que albergaba yo en mi agostado corazón. Prometió ayudarme.

Me avergüenza reconocer lo mucho que demoré en percatarme de su verdadera identidad después de todo lo acontecido; era una infame bruja, una nigromante.

Fue ella quien colocó aquel día, al pie de mi portón, la perversa efigie que estropearía mi última oportunidad de aniquilar mi incesante miseria.

Llevaba yo tanto tiempo habitando en las sombras, cobijado por mis turbios demonios, dejándome llevar por la inercia de una efímera y vacua existencia, que había llegado a olvidar la razón de toda esa desdicha. No fue sino hasta ese momento, aprisionado en la recóndita guarida de aquella enigmática mujer, que recordé en llanto el bello rostro de mi ausente amada.

Me dijo que evocaría un embrujo.

Aguardamos hasta la media noche, y entonces comenzó. Primero, fui sometido a ingerir un exótico y espeso brebaje de pútrido y acibarado sabor, para después ser llevado a través del umbrío recinto hasta un pequeño patio detrás de la casa, donde se alzaba ya una prominente hoguera de seductoras llamas azafranadas.

Son escasas las memorias que conservo de aquella impía ceremonia. La hechicera pretendía invocar a los muertos mediante una sucesión de suntuosos cánticos y alabanzas enunciados en una lóbrega lengua que calaba los huesos. Ordenó me despojara de mi estropeada camisa y me situara justo frente al fuego descomunal, mientras sujetaba entre mis manos la figurilla de ojos eternos.

Cuando me postré frente a las ardientes llamas mi percepción del tiempo se desmoronó. No sé si el alucinante ritual duró sólo un par de minutos o varias horas.

De pronto ella se dirigió a mí. Me hizo ponerme en pie y me formuló en seguida la interrogante más trascendental que habría de determinar el curso del resto de mis condenados días; me preguntó qué es lo que más anhelaba en este mundo. Creo que demoré demasiado en responder.

En un principio, creí que mi máximo deseo sería volver a los brazos de la mujer que amaba. Pero luego, repentinamente, remembré aquellas primeras jornadas de extenuante cavilación durante los más tormentosos días de mi desgarradora soledad. Había caído en cuenta, tal vez demasiado tarde, que fueron mi inicua codicia y mi agudo egoísmo los que habrían de desolar mi nefasto porvenir.

Fue entonces, después de una perdurable introspección, que obtuve mi terminal respuesta; decidí anteponer su felicidad a

la mía, tal vez por vez primera. Así que alcé la mirada y expresé ante las llamas, con contundente certidumbre en mis exhaustas palabras, mi verdadero y único deseo: que mi querida encontrara a aquel que estuviese destinado a hacerla feliz por el resto de sus días, aunque ese no fuese yo.

Los subrepticios espíritus se manifestaron a través de la anciana y me prometieron que así sería. Sin embargo, tendría que pagar un alto precio por aquella notable solicitud; declamaron que yo habría de convertirme en perpetuo espectador, y que jamás sería capaz de intervenir.

Vacilé por un instante. No obstante, al final accedí; no sabía lo que hacía. Entonces, para consumar nuestro siniestro pacto, la ocultista trazó con su afilada daga un profundo tajo sobre la tensa piel de mi desnudo pecho, forjando así al fuego mi sentenciado destino con el hervor de la roja sangre.

LA VEREDA

Al despertar bajo el tibio abrigo de mi desolado hogar, no pude evitar presumir en primera instancia que todo aquello no había sido más que otro de mis descabellados e inquietantes alucinamientos nocturnos. Pero entonces, de pronto, el punzante ardor de la fresca cicatriz sobre mi torso destrozó mi ingenua especulación.

Pasé los siguientes incontables días aprisionado en mi modesto apartamento, deliberadamente, con la intención de no concederle ni un solo roce más del fulgor del radiante sol a mi demacrada y descolorida tez. Mi sosegada existencia habría de reducirse, en poco tiempo, fundamentalmente, a fumar acerbo tabaco, beber mezquino licor y extraviarme constantemente en la sugestiva mirada de la estatuilla siniestra.

No obstante, después de varias interminables semanas, ya no pude resistir ni un minuto más la exasperante monotonía del solitario encierro. Tomé entonces mi viejo gabán y abandoné de nuevo el desesperante refugio, sin intenciones de volver.

En un principio me propuse deambular sin rumbo, dejándome llevar por la cándida y cautivadora belleza del empedrado de la vereda. Sin embargo, después de un rato, descubrí que mi perspicaz instinto me había arrastrado una vez más hasta aquel condenado parque de turbidos recuerdos. Sonreí con tenue mordacidad, tomé asiento bajo el cobijo de un rozagante ciprés de copioso follaje y encendí un cigarrillo.

Entonces la vi.

Sentada en soledad junto a un frondoso seto vivo, al otro lado de la vetusta fontana de cristalinas aguas, se encontraba mi dulce amada, tal como apenas la recordaba, acariciando suavemente su preciosa cabellera castaña. No cabía duda alguna; era ella, era real.

Traté de ponerme de pie con la intención de acercármelos, pero fue mi propio cuerpo quien se rehusó a obedecer; no pude moverme ni un centímetro. Fue entonces que rememoré aquel diabólico pacto.

A partir de ese día comencé a salir con frecuencia, siempre en insensata búsqueda de nuestro ilusorio encuentro. A pesar de

que era mi deber permanecer velando en las lejanas sombras, el simple hecho de mirarla de nuevo le brindaba ligero alivio a mi perturbado corazón.

Una tarde, la última del verano, algo distinto sucedió. Ella reposaba apacible al filo de la ajada fuente, mirando cautivada al despejado cielo, cuando de pronto un misterioso hombre de esbelta figura se aproximó y tomó asiento a su lado. No pude apreciarle el rostro, aunque la forma de su andar me resultaba familiar.

Conversaron por un rato y luego partieron, juntos. Al día siguiente se volvieron a encontrar, en el preciso mismo punto, a la precisa misma hora. Cada vez que se reunían se situaban uno más cerca del otro. Fue así que en el fondo de mis entrañas comenzó a germinar el más endiablado y trastocado recelo.

Al cabo de escasas semanas, terminó por cumplirse mi más lacerante y temida predicción: se besaron en los labios.

Enfurecí. La implacable rabia dentro de mí comenzó a manar de mi tórax como un salvaje río desbordándose en la estruendosa tempestad. Ya no podía más soportar aquel desalmado suplicio. Me levanté y grité su nombre, con todas mis remanentes fuerzas, pero nunca me escuchó. Di entonces un paso hacia delante pero de inmediato fui

azotado desde dentro por una brutal ráfaga de punzante dolor. Tuve que desistir.

Con el tiempo aprendí a soportarlo. Mentiría si negara que se me descuartizaba el alma endeble cada vez que la avistaba entrecruzando sus delicados dedos con los de aquel enigmático sujeto, pero admito también que contemplarla tan feliz aplacaba ligeramente la sofocante aflicción de mi estropeado y fracturado corazón; se estaba consumando mi imprudente deseo.

Paulatinamente fui abandonando mi propia existencia para convertirme, sin percatarme siquiera, en una espectral y desesperanzada sombra errante.

Las semanas y los meses comenzaron a esfumarse a un ritmo trepidante. Ella había hallado al fin a su alma gemela y, a pesar de la hórrida agonía que me provocaba no ser yo el ferviente autor de aquella hermosa y radiante sonrisa, verla así, gozando del verdadero amor que tanto se merecía, le brindaba un poco de luz a mis más sombríos días.

Pero una noche de raso firmamento y fulgurante luna llena, mientras intentaba mitigar una vez más mi desbordante amargura a la barra de una acogedora taberna no tan vulgar, los dioses resolvieron develar su más despiadada asechanza.

LA CONDENA

No logro evocar cuántos tragos de rancio coñac había ingerido para entonces; sólo recuerdo el suave y seductor jazz acariciando con químérica ternura mi abrasadora decadencia.

En algún momento de la infiusta velada, cerca de la hora más oscura, tomaron asiento a mi lado dos recónditas siluetas. Yo estaba tan ensimismado, tan abstraído en aquel íntimo mar de desdichada soledad, que no me percaté hasta mucho más tarde, cuando la música se detuvo y los escuché charlar, que se trataban de mi amada y su forastero pretendiente.

Después de un rato, él se ausentó por un momento; ella y yo nos quedamos completamente solos. Estábamos tan cerca que yo lograba distinguir, incluso entre los intensos hedores de cigarro y alcohol, aquel singular y apacible aroma tan suyo. Mas fui totalmente incapaz de dirigirle siquiera una

modesta palabra; mi garganta se había sellado por mi sádico maleficio. Intenté rozar entonces su pierna con mi maltrecha rodilla; sin embargo, fracasé.

El mayor de mis males estaba aún por ser develado.

Después de un par de minutos, su amante volvió a la mesa, besó su frente y la abrazó desde atrás con desbordante adoración. Hasta aquella funesta e inmortal ocasión nunca había conseguido más que columbrar vagamente su misterioso semblante, pero cuando pude verlo allí, tan cerca, tan claro, no pude evitar desmoronarme por completo ante la traumática impresión. Él era yo.

Entré en un profundo y desenfrenado pánico; no lograba comprender. Volví a inspeccionar, esta vez con mucho mayor detenimiento y así lo constaté: ese peculiar individuo era yo, el yo de hacía algunos cuantos años, cuando mi cándida mirada aún alojaba esa vivaz brillantez.

Fue entonces que resonaron estridentes en mi desconcertada mente mis puntuales palabras ante la maléfica hoguera humeante: “que mi querida encuentre a aquel que esté destinado a hacerla feliz por el resto de sus días...”

No fue sino hasta dicho nefasto y catastrófico evento que concebí la verdadera atrocidad de aquel furtivo conjuro infernal. Empero, ya era demasiado tarde.

Siempre había estado escrito que yo sería el auténtico amor de su vida, el ufano causante de su flamante alegría. Pero fueron mi ficticia indiferencia, mi embrollado juicio y aquello que engañosamente llamaba orgullo, los perversos verdugos que lapidaron para siempre mi única esperanza.

Ésta es mi condena, mi averno sepulcral. He sido sentenciado a pasar el resto de mis deleznables días contemplándome a mí mismo en la distancia, a lado de mi amada, sin ser capaz siquiera de sentir de nuevo su tersa piel, o de besar sus dulces labios. Estoy condenado a ser perpetuo testigo de la espléndida dicha de aquellos jóvenes enamorados, de verlos envejecer juntos, sin poder jamás experimentar en mi propio vientre siquiera una pequeña pizca de su ferviente felicidad.

Sin embargo, lo que más me hiere, lo que más me resquebraja el asolado corazón, es saber que nunca podré mirarla directo a sus bellos ojos pardos y contarle todo sobre el colosal y supremo sacrificio que al final realicé, a pesar de mi atroz soberbia, sólo por hacerla feliz.

